

triunfaron las hordas de Carrera, en cruentos años de muy difícil y penoso trecho.

¡A tales hordas se acogieron los llamados serviles, las nobiliarias jerarquías de la antigua capital de la colonia —después de haberle ofrecido la dictadura a nuestro prócer—, para dar al traste con toda aspiración que pudiera mermar sus intereses!

Y en el bárbaro de Carrera, en el audaz analfabeto de Mataquescuintla, también vinieron a encontrar su más idóneo instrumento los altos jefes de la Iglesia.

¡Tetrarcas rencorosos —porque se quedaron sin respaldo *oficial* para cobrar sus diezmos y sus primicias—: tetrarcas rencorosos de lo que no era posible considerar, a la sazón ni hogaño, como iglesia o religión de Cristo!

* * *

Todo se ve muy claro en esas páginas. ¡Hasta el difícil traslado de la sede federal a San Salvador, porque ni los liberales soportaban el clima conservador de Guatemala, ni los guatemaltecos de abolengo podían sufrir a los *fiebres* provincianos de hace una centuria!

¡Bien es verdad que tampoco los aguantan hoy —a pesar de cuanto se ha vivido y experimentado— en muchas otras urbes o parroquias, donde a los actuales *fiebres* tildan con nuevos motes las derechas!

Refiere allí García Granados de qué manera siguió su hermana, desde Chiapas, escribiendo y versificando contra los principales funcionarios de la Federación, no obstante ser honestos.

Y otra vez repite que ni a las esposas de los liberales había de perdonar, “no dejando a nadie sin su entrada soberana”, para regocijo y alegría de lo más granado de la aristocracia, que en tan agudos versos encontraba continuado alborozo y grande ingenio.

Triunfó a la postre todo aquello: la calumnia, la di-

famación, los odios, las pasiones, el poder del púlpito y del confesionario, las rivalidades entre los propios *comunistas* de la época, el fanatismo de los indígenas de oriente, armados y fortalecidos por el clero y por los señores feudales de lo que fue el centro colonial de la Capitanía.

¡Triunfó todo aquello, como sigue triunfando en nuestra era de tantos periódicos y de tantas bibliotecas, acaso porque son muy pocos los volúmenes leídos y muchos los que sufren el bochorno de morir quemados!

* * *

Triunfó, pues, todo aquello, en 1839 y en los siguientes años, hasta nuestros días.

Mas no se diga que por falta de preparación del pueblo.

¡No conocerá pueblo la Historia —¿cuántas veces habrá que seguir proclamando este principio?— del cual pueda decirse que anda cojo de preparación para que le traten, los de arriba, con humanidad y con justicia!

Será inútil repetir, entonces, que acaeció lo inevitable por la incultura de las masas, “material humano inferior para obra tan avanzada como la de Morazán”, según suelen afirmar los que ven las cosas superficialmente.

No. Triunfó todo aquello por la intransigencia de las derechas, por su ambición desenfadada, por su desprecio a los de abajo, por su falta de caridad hacia los desposeídos, a quienes los privilegiados siempre procuran mantener en la ignorancia y en la servidumbre.

Triunfaron, en términos más precisos, los hombres lobos, enemigos feroces del hombre de la llanura. Y enemigos también del hombre-hombre, que es como decir enemigos a muerte de la inteligencia.

Y triunfaron las mujeres de esos hombres lobos, in-

capaces de comprender ni de vivir la esencia pura del cristianismo, sólido y profundo cimiento de convivencia y de paz sobre la tierra.

¡Ah, los falsos y metalizados jinetes de la caballería mariana!

¡Ah, nuestras alegres comadres rezadoras, envueltas a veces en olores que no son de santidad!

Van temprano a misa.

Se confiesan, aunque de confesarse vuelvan al pecado.

Comulgan.

Se santiguan antes de faltarle a Dios.

¡Y con una absolución a la hora de la muerte, después de herir al prójimo con la difamación y el escándalo, esperan ojiblancas ganar la gloria eterna!

Muerte y funerales del prócer

Se salieron entonces, con la suya: primero en Guatemala, después en los otros Estados centroamericanos, finalmente en Costa Rica, los Pepes y las Pepas, los Petronilos y las Petronilas.

¡Se salieron con la suya, saciando su odio y su venganza en Morazán!

Lo fusilaron a las seis de la tarde del 15 de septiembre de 1842, a la hora en que se apaga el sol, como se vio al comenzar este relato.

Pocos momentos antes lo habían llevado del Palacio de Gobierno a la plaza de armas, en donde se formó la escolta, al compás de una quejumbrosa marcha fúnebre que tocaba la banda josefina.

En el trayecto de la prisión al sitio en que lo iban a matar, pudo conseguir con gran esfuerzo que su hijo Francisco, adolescente aún, se separara de él y acorriese a la desconsolada esposa, doña María Josefa Lastiri de

Morazán, prisionera de los insurrectos en la propia casa de su adversario Pinto.

¡Allí la tenían en bondadosa reclusión los enemigos del caudillo, para que en su dolor y en su angustia le sirviera de consuelo la cercanía de Petronila!

* * *

Asegura un testigo presencial de la tragedia, citado en la *Biografía del General Francisco Morazán*, obra básica del historiador hondureño don Eduardo Martínez López, que el defensor por excelencia de la unidad centroamericana no quiso ocupar el banquillo de la muerte.

Le pareció más digno esperar de pie la descarga de los que habrían de perforarle el cuerpo, sin lograr que se apagaran ni amenguara lo luminoso de su espíritu.

A su lado estaba Villaseñor, tan débil y exangüe, que lo tuvieron que conducir en una silla hasta el lugar en que lo ejecutaron.

Acercóse Morazán al militar agonizante; y después de abrazarlo le arregló el cabello, haciéndole ver que a su debido tiempo se les haría justicia.

Con gran serenidad se despidió de los amigos que lo rodeaban. Descubrióse luego la cabeza. Y musitó al cabo esta plegaria, santiguándose:

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

¿Después?

Su voz de mando.

Detonación cerrada.

Y un hombre que se desploma, vivo todavía, porque los soldados no quisieron o no supieron apuntarle.

Una segunda descarga lo lanza por fin al reino de la muerte, que en casos como el suyo es el reino de la vida, de la inmortalidad y de la gloria.

* * *

Pasaron varias horas y en el suelo, con los ojos abiertos, permanecían los dos cadáveres.

Como era ya de noche y en negra sombra envolvíase la ciudad, grupos de curiosos, a la luz de linternas de canfin, se acercaban a los restos ensangrentados de Morazán y de Villaseñor.

A eso de las diez se presentó en la plaza, con dos sábanas para cubrirlos y enterrarlos, con la más honda tristeza reflejada en su semblante, el prócer nobilísimo, el primer Jefe del Estado de Costa Rica, don Juan Mora Fernández.

Media hora después se organizó el cortejo, solemne y silencioso, hacia el cementerio de la capital.

¡Sin ataúdes!

¡Sin flores ni responsos!

¡Sin agua bendita ni absolución post mortem!

¡Sin discursos ni cañonazos!

¡Sin desfiles militares!

¡Sin toques de clarín ni descargas de fusilería!

¡Sin Petronilas ni Pepas accidentadas!

¡Sin pensión para la viuda!

¡Sin luto en las banderas!

¡Sin todo eso que en nuestros países constituye el premio póstumo de tantos salvapatrias —con mandoble o de levita— como los que le han dado brillo, herencia de dinero y esplendor al corro de sus allegados y de sus familiares!

¡¡Dos blancas sábanas y una humilde fosa, en donde los dos cuerpos quedaron apareados!!

Síntesis biográfica

¿Y quién era ese hombre, quién era ese Francisco Morazán, al que sin jueces ni defensa se le llevó al calso?

¿Quién era ese hombre, cuya muerte se celebró en toda la extensión territorial de Centroamérica con alegres repiques de campanas, con alborozo de aristócratas y de abarroteros, con tedeums y paternosters?

¿Quién era ese varón en tal forma aborrecido, que al tomar el poder en Costa Rica rompieron relaciones con aquel país los caporales de San Salvador y de Tegucigalpa; y los de Managua se movilizaron en su contra; y los *serviles* de Guatemala se aprestaron a luchar para que no les desquiciara el restablecido régimen de esclavitud que allí imperaba, “por mandato de Dios, del Arzobispo y de Carrera”?

¿Criminal peligroso, por ventura, que sembraba el desconcierto entre los honorables vecinos de la América Central?

¿Reo, acaso, de delitos comunes?

¿O se le podría inculpar, tal vez, de haber cometido robos en despoblado, o en el poblado a veces frondosísimo de los presupuestos oficiales?

* * *

No. Las semblanzas que tenemos de Morazán, sin excluir las que han escrito algunos de sus enemigos, nos lo presentan como personaje de costumbres morigeradas y de intachable caballerosidad.

El escritor salvadoreño don José María Cáceres, quien conoció y trató mucho al general Morazán, dice de él, entre otras cosas:

“Su semblante era sereno, agradable y simpático; a su presencia era imposible la enemistad; sus más encarnizados adversarios se rendían al irresistible atractivo de su expresión.

“Su continente, sus modales, sus movimientos, su palabra y la modulación de su acento, eran propios de un caballero de la más esmerada y fina educación. Jamás

se le escapaba una palabra vulgar, pero ni siquiera una mirada humillante o desdeñosa.

“Gustaba poco de diversiones. Nada que rebajase su dignidad personal. Nada que diese derecho a la mordacidad ni a la calumnia de sus enemigos.

“Complaciale sobremanera el trato de personas distinguidas, de personas cultas, aun cuando entre ellas contase con enemigos políticos. Tenía afición a las tertulias graves y decentes, sin hacer sentir jamás la superioridad del puesto que ocupaba, ni dar lugar a la llaneza.

“Severamente probó, jamás abusó del poder en beneficio propio. Su familia, su casa, su ajuar, su vestido, todo llevó el sello de la más decorosa austeridad.

“En su asistencia al despacho o en sus paseos nunca se hizo acompañar de edecanes o de ayudantes, a no ser en campaña.

“Excusaba los honores militares. En su casa no tenía guardias de honor, ni en la servidumbre de ella figuraban oficiales ni soldados.

“Durante los últimos cinco años que estuvo en San Salvador, solamente el día de su cumpleaños, en 1838, recuerdo haberlo visto en traje militar”.

* * *

He seleccionado las frases anteriores del salvadoreño Cáceres, porque dan una idea precisa del modo de ser de Morazán. Coinciden, además, con el retrato vivo que de él nos han dejado otros personajes que tuvieron oportunidad de conocerlo y de tratarlo, entre ellos el erudito investigador y diplomático norteamericano John L. Stephens, en su famoso libro *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*.

Los dos tomos de esta obra, publicados primero en Nueva York, y en 1854 por la Editorial Arthur Hall Vir-

tue & Company de Londres, forman parte de una serie de volúmenes interesantísimos sobre diversos países. Y me refiero muy especialmente a estos *Incidentes*, porque le tocó a Stephens presenciar, vivir la pavorosa situación de Centroamérica en 1839 y 1840, darse cuenta de cómo procedían las hordas de Carrera, en contraste con la actitud civilizada de Morazán. Pero sinteticemos ahora, a grandes rasgos, algunos otros apuntes de su biografía.

Nació el 3 de octubre de 1792 en la entonces Villa de Tegucigalpa, capital actualmente de la República de Honduras, habiendo sido sus padres don Eusebio Morazán —de ascendencia italiana— y doña Guadalupe Quezada. Se le bautizó a los trece días de nacido, según acta que a la letra dice:

“En la Iglesia Parroquial del Señor San Miguel de Tegucigalpa, a dieciséis de octubre de mil setecientos noventa y dos: yo, don Juan Francisco Márquez, Cura y Vicario, Juez Eclesiástico de este Beneficio, solemnemente bauticé a un niño que nació a tres de dicho mes, a quien puse por nombre *José Francisco*, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de don Eusebio Morazán y doña Guadalupe Quezada, de esta feligresía. Fue su madrina que lo tuvo y sacó de pila, doña Gertrudis Ramírez, viuda, de este Beneficio, a quien advertí su obligación y parentesco espiritual y lo firmé.—*Juan Francisco Márquez*”.

* * *

En Tegucigalpa va creciendo el niño, a quien tratan sus padres de educar en la mejor forma posible; pero a falta de establecimientos públicos de enseñanza, estudia sus primeras letras en escuelas privadas, y lo esencial de la Gramática Latina bajo la dirección de fray Antonio Murga, en el Convento de San Francisco.

Posteriormente, de regreso en Tegucigalpa tras una

ausencia de varios años en el pueblo de Morocelí, en donde desde 1808 se había radicado don Eusebio con su mujer y con sus hijos, se coloca el por entonces joven y apuesto Morazán, ávido de saber, en la Escribanía de don León Vázquez, en cuyo despacho adquiere amplios conocimientos de Derecho y Notariado.

Al mismo tiempo, gracias al apoyo que le presta su erudito pariente don Dionisio de Herrera —graduado en la Universidad de San Carlos de Guatemala—, aprende con él la lengua francesa, que le servirá en la bien nutrida biblioteca de quien fue sin duda su maestro ejemplar, para dedicarse empeñosamente a la lectura de los más notables autores y forjadores de las doctrinas enciclopedistas.

Con este bagaje intelectual comienza Morazán a destacarse en la vida pública hondureña, al lado de los patriotas que defendían la independencia centroamericana; pero en la forma en que fue proclamada el 15 de septiembre de 1821 en Guatemala, y no bajo el dominio del Emperador mexicano don Agustín de Iturbide. Se inicia o se aviva de ese modo la pugna entre los independentes de Tegucigalpa y los monárquicos de Comayagua, capital a la sazón de la Provincia de Honduras.

* * *

Cabe advertir, sin embargo, que la actitud de Morazán y de los más conspicuos liberales centroamericanos en relación con el Imperio de Iturbide, no implicaba, ni mucho menos, hostilidad para México. Así pudo demostrarlo el gran hondureño años después, en julio de 1829, al tener noticias de que la invasión de Barradas amenazaba la independencia mexicana, habiendo entonces ofrecido su apoyo incondicional a don Vicente Guerrero, eximio Presidente de la nación azteca.

Y no se quedaba en palabras Morazán, no obstante

la guerra civil y las tremendas dificultades que envolvían a Centroamérica, sino que empezó a preparar sobre la marcha diversas milicias para acudir en auxilio del país hermano, en su carácter de jefe del Ejército Aliado Protector de la Ley, que en abril anterior acababa de entrar victorioso en la capital guatemalteca.

Al año siguiente, ante el peligro de un nuevo ataque a México en 1830, reiteró su ofrecimiento al Secretario mexicano de Relaciones Exteriores, don Lucas Alamán, en oficio que ya he tenido oportunidad de publicar y que termina en esta forma:

“Ellos (los españoles) calcularon su primera tentativa sobre la división en que creyeron encontrar a esa República; y aunque el fracaso debió haberles hecho conocer que, cuando se trata de defender su independencia comprada a costa de sangre y dolorosos sacrificios, los mexicanos, olvidando todo sentimiento, no tienen otra pasión que la libertad de su Patria, sus enemigos son incapaces de penetrarse de esa verdad, aunque la han palpado muy a su costa.

“Persuadido, pues, mi Gobierno, de que la unión entre las dos repúblicas las hará más inaccesibles a la fuerza española, ofrece desde luego, al de esa Nación, en el caso de ser nuevamente atacada, todos los auxilios de que puedan ser susceptibles los recursos de Centroamérica. Mi Gobierno —termina diciendo Morazán— está en aptitud de reunir sus fuerzas a las de esa República para sostener su cara independencia”.

Pero volvamos a lo que sucedía en Honduras, y a la trágica realidad del Istmo centroamericano, en los primeros años de su independencia.

*En donde se revela Morazán
como experto militar*

Derrumbado por fin el régimen imperial de México en marzo de 1823; decretada en julio de ese mismo año la plena autonomía de Centroamérica; en vigor la Constitución Federal de 1824, nos encontramos al prócer don Dionisio de Herrera como primer Jefe del Estado de Honduras, y a Francisco Morazán como Secretario General del Gobierno.

Y en 1826, cuando apenas ha cumplido nuestro personaje 34 años de edad, por elección —¡cosa singular en Centroamérica!—, ya lo tenemos como Presidente del Consejo Representativo de su Estado natal.

Para esa fecha, infortunadamente, empezaba en aquella región de América la bochornosa exhibición de desmedidas ambiciones, levantamientos, cuartelazos, irresponsabilidad y anarquía, agudizándose la crisis en la capital guatemalteca —sede de las autoridades federales—, por la lucha pavorosa de la reacción aristocrática contra los liberales o *rojos panteristas*, y de estos románticos *bolcheviques* del siglo diecinueve contra los *cangrejos* o *serviles*.

Frente a situación tan deplorable dio en perder la cabeza don Manuel José Arce, Presidente de nuestra turbulenta República Federal, quien olvidado de sus viejos principios liberales, se puso de lleno en manos de las poderosas fuerzas conservadoras de la antigua Capitanía General.

Para él eran movimientos subversivos las burlas y los ataques que le hacían “los papeles”, entre ellos el agudo *Don Melitón, El Liberal* y hasta “letreros indecentes que se estampaban en las paredes”, según escribe el propio Arce en su *Memoria*.

¿Resumen? Arresto del Jefe del Estado de Guatemala, don Juan Barrundia, en la mañana del 6 de septiem-

bre de 1826; asesinato en Quezaltenango del Vicejefe en funciones, don Cirilo Flores, quien había trasladado a esa ciudad la sede del gobierno local guatemalteco; disolución de la Asamblea y elecciones *dirigidas* en favor de los conservadores, con el marqués de Aycinena y el Arzobispo Casaus y Torres a la cabeza de todo aquello, que los fanáticos y los oportunistas celebraban como una cruzada heroica en contra de los *ateos* y los *herejes*.

Como si lo de Guatemala fuese poco, atacan también a Honduras las fuerzas federales, en abril de 1827. Resisten los hondureños la ofensiva invasora del coronel José Justo Milla, no obstante la complicidad del Gobernador de la Diócesis, canónigo José Nicolás Irías y otros hijos de la catedral, quienes pretendían desmoralizar a los hondureños y daban todo su apoyo a los conservadores, que caían sobre el Estado y avanzaban hacia Comayagua.

Se organizan entonces valerosos cuerpos de voluntarios para enfrentarse a los federales, en la misma forma en que lo estaban haciendo los salvadoreños, en guerra también, a sangre y fuego, contra la reacción guatemalteca y el Gobierno de Arce.

* * *

En tales circunstancias la figura de Morazán adquiere sus más altos relieves. Como Presidente del Consejo Representativo de Honduras, investido, pues, de autoridad, coopera activamente en la resistencia de Comayagua. Va, viene, consigue víveres, dirige el entrenamiento de centenares de jóvenes, que serán después intrépidos guerreros. Pero arrecia el peligro para la ciudad sitiada.

Cuando es más grave la situación se quita el Consejero su traje de civil, se viste de soldado y empieza su carrera militar al frente de los batallones que ha podido formar. Intrépidamente salen esos hombres de la ciu-

dad al amparo de la noche, atacan a los sitiadores por sus flancos más débiles y logran desgastarlos o ablandarlos, mientras llegan refuerzos que ya se movilizan en El Salvador.

Mas he aquí que los hombres y las armas salvadoreñas se retrasan inevitablemente, porque también es intensa la lucha al otro lado de las fronteras locales. En trance tan apurado galopa Morazán con un grupo de valientes hasta Tegucigalpa. Regresa con un numeroso contingente de patriotas. Y al avistar fuerzas enemigas libra y gana su primer combate de importancia en la hacienda *La Maradiaga*, sin poder perseguir a las tropas derrotadas por habersele agotado el parque.

Cae entretanto Comayagua, que los fanáticos sitiadores toman e incendian parcialmente el 10 de mayo, después de un sitio que se había prolongado durante 36 días. ¡Y junto con la plaza —que no cayó por capitulación sino por traición de un comandante infiel—, toman prisionero los hombres de Milla al Jefe del Estado, don Dionisio de Herrera, y se lo remiten al Presidente Arce para que acompañe en la cárcel a don Juan Barrundia, Jefe del Estado de Guatemala!

Con su capital bajo el comando del coronel Milla, se quebranta durante algunos meses la resistencia de los hondureños. “Los que no pudieron ocultarse o emigrar, tuvieron que sufrir una larga prisión en las cárceles de Comayagua, o ser llevados a las bóvedas del Castillo de Omoa, que eran entonces mortíferas”. (Rómulo E. Durón: *José Justo Milla, estudio biográfico*.)

A Morazán se le busca, se le persigue. Después del combate de la Maradiaga y de la caída de Comayagua, había podido replegarse y entrar con algunos de sus compañeros de armas en Tegucigalpa. Se ocultó después en el pueblo de Texiguat. ¡Hasta que el 5 de junio fue capturado en Ojojona! Y así como al Jefe Herrera se le llevó preso a Guatemala, a Morazán, Presidente del Consejo,

mientras se recibían instrucciones del Gobierno Federal, se le condujo escoltado a la cárcel de Tegucigalpa.

* * *

“Después de haber sufrido 22 días de una estrecha prisión —escribe Morazán en sus *Memorias*—, pude burlar la vigilancia de mis carceleros y retirarme a la ciudad de San Miguel. De allí pasé a la de León, en busca de auxilios para volver sobre Honduras”.

¡Y vuelve sobre Honduras a principios de octubre, con oficiales y soldados nicaragüenses, a los que se unen patriotas salvadoreños y jubilosamente los de su propia tierra, hasta derrotar a los ejércitos de Milla el 11 de noviembre de 1827, en la histórica batalla de *La Trinidad*!

Triunfalmente entran los vencedores en Tegucigalpa. Aumentan sus efectivos. A los pocos días ya los tenemos en Comayagua. Y por estar preso en la capital guatemalteca el prócer Herrera, Jefe del Estado, el Consejo pone en manos de Morazán el Poder Ejecutivo, designación que confirma la Asamblea.

Pero no puede dedicarse el ya famoso caudillo a gobernar plácidamente. Encarnizada continúa la lucha entre las fuerzas federales guatemaltecas y las estatales salvadoreñas, cuyas legítimas autoridades le piden su cooperación urgente al nuevo régimen de Honduras.

Se envían refuerzos a principios de 1828 desde Comayagua. ¡Acciones que se ganan y acciones que se pierden! San Salvador está sitiada y su situación se torna pavorosa en abril de ese año.

Deposita entonces Morazán el mando en el Vicejefe, y al frente de sus tropas avanza sobre el territorio vecino y hermano. ¡Victoriosa batalla de *Gualcho* el 5 de julio! Sigue sitiada, sin embargo, la ciudad de San Salvador. Nuevos auxilios de hombres y de armas desde

Honduras. Nuevos encuentros, hasta que se llega por fin a la capitulación de los federales y a la entrada triunfal de Morazán en la capital salvadoreña, el 23 de octubre de 1828.

* * *

Sin que de nada le hubiera servido su alianza o su amistad con los conservadores, la agitada presidencia de don Manuel José Arce no pudo cumplir arriba de tres años. Asumió la jefatura del Gobierno Federal el 30 de abril de 1825, y la Asamblea y los ministros del marqués de Aycinena, en connivencia con el Arzobispo Casaus, lo hicieron separarse del poder el 14 de febrero de 1828.

De modo que las batallas que libraban hondureños y salvadoreños unidos, ya no eran solamente la protesta armada contra las arbitrariedades del Presidente Arce, sino, a partir de esa fecha, el clamor en los campos de batalla contra las *autoridades intrusas* de la República Federal de Centroamérica.

En esas condiciones seguirá la guerra; se formará en San Salvador el Ejército Aliado Protector de la Ley; Morazán será nombrado su General en Jefe, y a partir de febrero de 1829 se iniciará la campaña contra los detentadores del poder en Guatemala.

Uno tras otro se suceden los combates, sin duda lamentables por lo que la guerra tiene de crueldad y de barbarie. No voy por lo mismo a detenerme en ellos, sino en su resultado final: la capitulación de la vieja y aristocrática facción conservadora guatemalteca, y el ingreso y el dominio de las fuerzas aliadas en la tricentenaria ciudad, el 13 de abril de ese año 29, según habrá podido colegirse de folios anteriores.

Visión del prócer como estadista

Si ese fue el resultado militar, señalemos simplemente lo que pudo hacer Morazán en el aspecto político, o en lo que bien pudiera llamarse rehabilitación de la ciudadanía. He aquí algunos puntos concretos:

Restablecer en sus funciones a las autoridades legítimas, tanto las del Estado como las federales. Convoacar, entonces, a la disuelta Asamblea estatal de 1826, que reanuda sus sesiones al finalizar el propio mes de abril de 1829. Reinstalar, igualmente, al Congreso de la Federación, cuyos diputados empiezan a llegar de las distintas entidades, logrando al fin integrarse el 22 de junio. Nombramiento, en fin, de un Presidente provisional de la República, elección que hace el Poder Legislativo de la Federación, y que recae en el senador más antiguo, al par que ciudadano de méritos indiscutibles, don José Francisco Barrundia.

De manera que Morazán no se hizo del poder, ni tomó represalias, ni ordenó fusilamientos, no obstante que tenía el mando militar. Su tesis, antes bien, fue la constitucionalidad y esperar que se calmaran los ánimos, para no proceder festinadamente contra los vencidos.

Ciertamente que se mantuvo en prisión a los directores y altos funcionarios del régimen ilegítimo. Sin embargo, no se les juzgó "en caliente", ni fueron sentenciados por tribunales militares. Se les condenó después a expatriaciones perpetuas o temporales, "devolución de dietas y sueldos mal percibidos", indemnización "de gastos o daños", pero con "muchas excepciones para defenderse, para comprobar inocencia o merecer gracia" —según he tenido oportunidad de escribirlo—, y a tales excepciones se acogieron con feliz éxito no pocos ciudadanos.

Y se hacía justicia —o injusticia que nunca falta—

al amparo de la ley, por decretos de la Asamblea de Guatemala, del Congreso Federal y del Senado, con el refrendo del Presidente Barrundia y de las grandes figuras liberales que formaban su Gabinete. No, entonces, por voluntad de Morazán.

Tampoco fue Morazán sino la Asamblea guatemalteca, por razones comprobadas de agitación contra el *gobierno ateo*, la que ordenó el destierro de nuestro ya conocido Arzobispo español Casaus y Torres, quien tanto daño le había hecho a Centroamérica desde su llegada a la Capitanía General en 1811. ¡Y que hubiera seguido provocando levantamientos y motines, si no se cumple el decreto de expulsión en la medianoche del 10 al 11 de julio de 1829, acompañado de algunos otros eclesiásticos!

* * *

Reorganizada constitucionalmente la República Federal de Centroamérica, restablecido también el imperio de la ley en Guatemala, regresa Morazán a Honduras, en donde ha sido electo Jefe del Estado. Toma posesión el 4 de diciembre de ese mismo año.

Pero no terminará su mandato, porque lo llama la ciudadanía centroamericana, el voto de sus compatriotas en elecciones generales, a ocupar la primera magistratura de la Nación, de la cual se hace cargo el 16 de septiembre de 1830.

Sería imposible hacer, en el presente esbozo, una relación detallada de la vida pública de este valor continental americano, o de la obra que inició y no pudo realizar plenamente en el poder. Lo interesante, en todo caso, es darse cuenta de su ideario, de la semilla que dejó sembrada, de su fortaleza espiritual para enfrentarse a tantas incomprendiones y a enemigos, de tal manera poderosos, como los que obstaculizaban su labor.

Baste decir que las sombras de Torquemada y de Fer-

nando VII prevalecían a la sazón en Centroamérica, no obstante la cultura extraordinaria de un pequeño cenáculo de hombres superiores: Gálvez, Molina, el sabio Valle, los Barrundia.

El odio al humanismo; la política colonial de los privilegios y de las encomiendas; la más rabiosa oposición de las derechas para educar y enaltecer a la irredenta masa popular, todo eso dominaba entre los centroamericanos de alcurnia, que se decían cristianos, cuando el Gobierno de Morazán pugnaba por darle fin a nuestra edad media, al fanatismo disolvente, a la ignorancia del pueblo, a las injusticias que todavía hoy siguen provocando en el mundo tanta desolación y tanta ruina.

“Sólo la instrucción pública —escribió en su primer mensaje presidencial— destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca”.

No se le escapaba, desde luego, que al dar sus primeros pasos una nación en la vida independiente, era imposible que marchara sin tropiezos por su nueva senda.

Mas el Presidente Morazán —como don Mariano Gálvez en el gobierno local de Guatemala— ponía toda su fe en la educación, en el cultivo de la inteligencia, en que al pueblo se le instruyese en el cumplimiento de sus deberes. Y aclaraba sus ideas en esta forma:

“No hablo aquí de la educación culta y esmerada que exige grandes establecimientos literarios, sino de la sencilla educación popular, que es el alma de las naciones libres”.

* * *

Consecuente con su modo de pensar, ya como Jefe del Estado de Honduras; o como Presidente de la Federación (1830-1834 y 1835-1839); o como Jefe del Estado de El Salvador al derrumbarse la República Federal,

dio Morazán poderoso impulso a la enseñanza, estructurándola en un sentido francamente democrático.

En este aspecto se agiganta su figura, pues para entonces, en el resto de nuestra América Española, apenas se esbozaban leves proyectos de transformación educativa, saliéndose algunos gobiernos de lo escolástico, con gran timidez, para entrar en el racionalismo.

Decretos como los suyos sobre instrucción pública, todavía en esta época y en países más avanzados, siguen siendo discutidos por las derechas, que quisieran devolver la educación del pueblo al cuidado de la teología.

Pero eso no quiere decir que fuese Morazán hombre sectario, porque decretaba al mismo tiempo —¡y hacía que se respetase!— la libertad absoluta de pensamiento y de conciencia.

Deseaba que sus conciudadanos pudieran opinar en todo instante, de palabra y por escrito.

¡Cuánto diéramos porque en este siglo de las luces —¡y de la democracia!— ocurriese lo mismo en Centroamérica!

Enemigos episcopales de la Federación

En lo que atañe al problema clerical, a pesar de su espíritu tolerante y de su amistad probada con sacerdotes virtuosos y humildes (entre ellos su propio hermano don Benito), que siempre lo acompañaron, no tuvo más remedio que tomar medidas de precaución contra los enemigos episcopales de la República.

Ya vimos que el alto clero y los conservadores o *serviles*, valiéndose precisamente de la libertad, hacían todo lo posible por acabar con ella y sembrar el desconcierto.

No estaban conformes, las fuerzas reaccionarias, con que se impulsara la educación del pueblo.

Menos habrían de mirar con buenos ojos la ley del matrimonio civil y del divorcio, sancionada finalmente en abril de 1837.

¡Ni el clero ni la reacción aceptaban semejante escándalo!

¡Y quedó todo eso bautizado con el apodo sangriento de “la ley del perro”!

Tampoco veían con agrado la libertad de testar, ni el juicio por jurados en lo criminal, que los liberales guatemaltecos tomaron del Código de Livingston, votado para la Luisiana.

Llegó por añadidura la peste del cólera morbus, y a los *herejes* o *fiebres* se les echó la culpa de aquel “castigo de Dios”, agregándose que envenenaban las aguas y que los botiquines enviados por don Mariano Gálvez, Jefe del Estado de Guatemala, contenían veneno para matar a los creyentes.

* * *

De igual manera que el Arzobispo Labastida, bendiciendo en México a Maximiliano y condenando a Juárez; lo mismo que los prelados españoles de estos últimos años, rociando con agua bendita las armas de los invasores de su patria, operaban también en Centroamérica numerosas órdenes llamadas religiosas, que seguían pensando en el absolutismo de los Austrias o de los Borbones, simbolizados en Guatemala por el marqués de Aycenana y otros títulos de nuestra aristocracia criolla.

Por su parte el Arzobispo español Casaus y Torres, primero en la vieja capital, después desde su destierro en La Habana, era el jefe de los conspiradores eclesiásticos, como desde su llegada a la Arquidiócesis en 1811, había sido el más furibundo enemigo de toda idea de independencia en Centroamérica.

Con documentos incontrovertibles demuestra sobre el

particular el citado biógrafo hondureño de Morazán, doctor Martínez López, que una hermana del marqués, la monja carmelita María Teresa de la Santísima Trinidad Aycinena, de acuerdo con el Arzobispo, divulgaba la noticia de que ella se comunicaba con Jesucristo.

Quería Monseñor volver a las andadas de 1816 y años subsiguientes, cuando certificaba que la dicha monja “recibía en su celda alimento divino que le llevaban los ángeles”; y que los viernes la visitaba el propio Redentor en cuerpo y alma, y “conversaba con ella y le imprimía sus llagas”. (Lorenzo Montúfar: *Reseña Histórica de Centroamérica*.)

Pero condenó el Papa Pío VII semejantes procedimientos de Casaus, para sus fines políticos antiprogresistas. Y recibió instrucciones precisas de Su Santidad, para “sacar a esa infeliz mujer del error en que por fraude del demonio se halla, y que se le hicieran los exorcismos establecidos por la Iglesia para disipar y confundir las arteras maquinaciones de Satanás”. Mas he aquí que muerto aquel pontífice en 1823, ya tenemos a Casaus usando otra vez sus viejas armas.

Y para convencer a los indígenas, sencillos y fanatizados, de las comunicaciones entre el cielo y el convento, se sacaban y se distribuían copias de la correspondencia que Nuestro Señor y la monja de Aycinena se cruzaban, a fecha fija, incitando al pueblo a la revuelta.

De todo ello vino a resultar que el Arzobispo y sus acólitos fuesen embarcados con dirección a Cuba, tres meses escasos después de haber entrado Morazán en Guatemala, según se explicó en página anterior.

¡Y llegó también a comprobarse —así lo hacen ver los historiadores Montúfar y Martínez López— que ni Dios, ni los ángeles, ni la tumultuosa santa de Aycinena, a juzgar por la correspondencia que cayó en poder de las autoridades, se preocupaban poco ni mucho por emplear las reglas más elementales de la ortografía!

* * *

Difícil se me hace reseñar en este trabajo —que sólo puede y debe tomarse como un esbozo sintético— lo que el propio Morazán escribió sobre el destierro de Monseñor Casaus y de sus agresivos instrumentos conventuales —vale la pena repetirlo—, medida tomada por la Asamblea de Guatemala.

En frases concretas, con numerosas citas históricas, refiriéndose a la opinión de ilustres Papas y de conocidos santos, sostiene Morazán, en un escrito suyo para el Padre Reyes, cómo la religión se mancha por el fanatismo, “cuando debiera ser el iris de la paz y el más firme apoyo de las virtudes”.

No concebía nuestro calumniado prócer que el afán de acumular riquezas, de mantener al pueblo en la ignorancia y de sacar ventajas de la superstición, fuese labor de cristianos verdaderos.

Y daba fin a sus palabras haciendo una calurosa apología de los religiosos honestos “que han conservado intactas sus buenas costumbres, en medio de la corrupción; que han resistido a las tentaciones de la licencia; que no siguen el mal ejemplo de sus preladados, y que mantienen en su corazón los sentimientos más puros de la sana moral”.

* * *

No era, pues, Francisco Morazán, ni jacobino rabioso, ni adversario de los pastores de la grey cristiana.

Quería, sencillamente, que representaran al Hijo del Hombre con misericordia para el prójimo, con dignidad y con decoro.

Fray Servando Teresa de Mier; fray Bartolomé de las Casas; el gran indigenista Vasco de Quiroga; el sacerdote salvadoreño José Matías Delgado, precursor de

la independencia centroamericana; Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea; el Padre Hidalgo; el presbítero Morelos; religiosos como esos, enemigos de la esclavitud y de la servidumbre, eran los representantes de Jesús que convencían a Morazán.

¡Y son también los que nos convencen a nosotros, por su amor a la libertad, por su amor a la justicia, por su devoción a la causa de los desheredados!

¡Y porque supieron luchar contra los inquisidores, el fanatismo, los prejuicios y la indignidad, como también habrían estado, años después, contra los Labastidas y los ejércitos de Napoleón Tercero!

Divisiones y obstáculos que dieron el triunfo a la reacción

Era mucho, sin embargo, era demasiado lo que Morazán pugnaba por hacer en Centroamérica.

No solamente abolía la recaudación oficial de diezmos, dejaba al arbitrio de los fieles el pago de primicias y ordenaba la desamortización de los bienes eclesiásticos.

No solamente legislaba, al mismo tiempo, en el sentido de que los dueños de la riqueza contribuyeran, en forma adecuada, a los egresos de la administración pública y al mejoramiento de las grandes mayorías desposeídas.

No solamente, entonces, se enfrentaba con los abusos del clero, los conservadores y los "nuevos ricos", sino que también tenía que habérselas con los odios y con las pasiones de sus propios partidarios; con el rompimiento a muerte de sus mejores amigos y colaboradores —Molina, Gálvez, Barrundia—; con la rivalidad de las ciudades; con los rencores, en fin, de unos Estados contra los otros, y de criollos contra mestizos.

Aprovechábanse de todo eso las poderosas clases parasitarias, no obstante haberle ofrecido a Morazán todo su apoyo —como páginas atrás quedó explicado— si el prócer hubiese convenido en aceptar la dictadura.

¡Se la ofrecían los grandes propietarios, los señores feudales, los hombres de derecha; querían ponerla en sus manos, a cambio, por supuesto, de que les mantuviese incólumes sus privilegios ancestrales!

Mas no transó con ellos Francisco Morazán, prefiriendo el destierro, la muerte incluso, al quebrantamiento de principios que en su concepto eran esenciales —¡y lo siguen siendo!— para el progreso y la liberación de Centroamérica.

* * *

En su mensaje del 21 de marzo de 1836, dirigiéndose desde San Salvador al Congreso Federal, en un esfuerzo supremo para cohesionar a los hombres de visión patriótica, habló de "las ruinas y de los escombros que han dejado las guerras fratricidas", condenando el odio y el desbordamiento de las pasiones.

Proclamó Morazán, además, en ese mismo mensaje, "la necesidad de acabar con el mezquino interés privado, y con la innoble avaricia de los que no ven, de los que no quieren ver en el orden actual de cosas, sino la ruina y el exterminio de sus antiguos e inmoderados privilegios".

Es de advertir que para esa fecha apenas habría cumplido Carlos Marx 18 años, no conociendo todavía la humanidad *El Capital*, ni el famoso *Manifiesto Comunista*, que hace temblar a tanta gente.

Tocante a lo que ahora se subraya con el nombre de solidaridad continental americana —no en sentido de coloniaje, sino de tradición, de idioma y de cultura—, escribió más adelante Morazán, en su histórico Manifiesto de David:

“No está lejano el momento en que se ponga en práctica la alianza de los pueblos hermanos de este continente. Ella hará que el nuevo mundo aparezca con todo el poder de que es susceptible, por su ventajosa posición geográfica, por sus inmensas riquezas y por el común interés que a todos nos une”.

¡Ya estaba pensando Morazán, desde hace más de un siglo, en los peligros de la Doctrina de Monroe; en el respeto a la independencia y a la soberanía de las naciones débiles; y también en lo que significaba para Centroamérica la apertura del Canal interoceánico de Nicaragua, no para provecho de ningún imperialismo, sino para beneficio de nuestra patria común y de la humanidad!

* * *

Pero ya no puede Morazán en 1838 —ni podrá en 1839, al finalizar su segundo período de gobierno— con las fuerzas cada vez mayores que se oponen a su obra.

La situación se agrava pavorosamente en Guatemala, donde Gálvez y Barrundia, inconscientes del peligro que los rodea, no hacen otra cosa que fortalecer, con sus polémicas y con sus divisiones, a las hordas desafortunadas de Carrera.

¡Que vuelvan el Arzobispo y los jesuitas!

¡Que se derogue la “ley del perro”!

¡Que se persiga sin merced a los herejes!

Tales son los gritos y los postulados de los facciosos, que operan y se multiplican en Mataquescuintla, en Santa Rosa, en otros pueblos del oriente guatemalteco.

Morazán, desde San Salvador, en donde está la sede del Gobierno Federal, bien pudo suministrar a Gálvez los auxilios necesarios para someter a los fanáticos. Pero Gálvez, por su enemistad con Barrundia, o para no herir la susceptibilidad de los localistas de Guatemala, enemi-

gos del caudillo, contesta que no han de faltarle fuerzas ni recursos para enfrentarse a la sublevación.

¡Error gravísimo! Cayó Gálvez sin remedio en febrero de 1838, como caería después el vicesjefe Valenzuela.

Ningún provecho sacaron de tan lamentable situación los liberales del grupo de Barrundia.

¡Y triunfaron a la postre los privilegiados, los conservadores y el Arzobispo desde Cuba, con el degollador Carrera, indulgenciado y convertido en benemérito, a la cabeza del Gobierno!

* * *

Desde ese momento se pudo comprender que Morazán estaba perdido.

Su lucha militar, siempre victoriosa, se había prolongado durante casi doce años.

¡En La Trinidad! ¡En Gualcho! ¡En San Miguelito! ¡En su primer sitio de Guatemala! ¡En Vueltas del Ocoté! ¡En San Salvador! ¡En el Espíritu Santo! ¡En Perulapan! ¡Allí donde fue necesario que defendiera con las armas sus ideales!

Pero con el triunfo final de *los cachurecos*, con el derrumbamiento y con la subdivisión lamentable de la República, ya no pudo más Francisco Morazán.

Hostilizado por los gobiernos de Honduras y de Nicaragua, constantemente perseguido por el nuevo régimen de Guatemala y por todas las castas cerriles de la América Central, para no ensangrentarla, para evitar que siguiesen los conflictos, prefirió tomar el prócer el camino de la expatriación.

En abril de 1840 dejó la jefatura del Estado de El Salvador y embarcó hacia el sur, estableciéndose con su familia y con algunos de sus más fieles partidarios en David, territorio colombiano que pertenece desde 1903 a la nueva y sacrificada República de Panamá.

Actuación de Morazán en Costa Rica

Encontrándose en su retiro de Colombia, empezó a recibir peticiones urgentes de Costa Rica. Ciudadanos de indudable solvencia política y moral de aquel país, le pedían que fuese a derrocar al "dictador" y licenciado don Braulio Carrillo.

Llegábanle también, por otra parte, instancias de las demás comunidades centroamericanas, para que volviese y pudiera redimirlas de tantas vejaciones y de tantos tormentos como sufrían.

Y se le entregó, por último, una comunicación oficial de Nicaragua, en la que se solicitaba su auxilio, pues habían ocupado los ingleses el puerto de San Juan del Norte.

Esa nota está fechada el 4 de octubre de 1841, cuando ya Morazán había salido hacia el Perú, en busca de medios económicos para organizar la defensa de su patria.

En diciembre de ese mismo año, con lo suyo propio y con el préstamo de 18,000 pesos que le hizo el general Pedro Bermúdez, pudo al fin fletar una embarcación de regular calado, que en compañía de sus más adictos generales lo condujo al puerto salvadoreño de La Unión, a donde llegó en la madrugada del 15 de febrero de 1842.

Consiguió allí otros cuatro bergantines, reunió a sus mejores jefes y oficiales, completó una fuerza de 500 hombres, y el 7 de abril llegó la expedición al puerto costarricense de Caldera.

* * *

El día 8 tuvo noticias el licenciado Carrillo de lo que acontecía, ordenando la movilización general de tropas para defenderse.

Mas no pudo evitar su caída, porque es muy difícil que los pueblos, que los hombres libres, expongan su vida para darle apoyo a ningún régimen de opresión.

¡Ni siquiera a una dictadura de tipo patriarcal, como la del señor Carrillo, hombre de honestidad irreprochable, cuyo gobierno no puede ni debe confundirse con las vulgares y sanguinarias satrapías, que tanta pena y tanto dolor han causado en nuestra América!

De modo que no era ladrón don Braulio, ni chacal, ni carnicero. Los costarricenses, sin embargo, no soportaban algunas de sus leyes, ni la rigidez de su temperamento, ni que se hubiese proclamado "Presidente vitalicio" de una tierra, *políticamente democrática*, en cuyo clima no es posible que florezcan gobernantes mesiánicos de ninguna especie.

Así se explica que Morazán tuviese abierto el camino para derrocar, sin lucha fratricida, sin derramamiento de sangre, a un civil de personalidad indiscutible, pero que ya no contaba con el apoyo del pueblo de su patria.

* * *

Desembarcó Morazán el 9. Pronunciáronse en su favor los comandantes de Puntarenas y del Guanacaste. Y avanzó entonces tierra adentro, sin ningún tropiezo.

Al darse cuenta de su difícil situación le escribió don Braulio, el 10, proponiéndole una entrevista para "ponerse de acuerdo en opiniones y legitimar su expedición a Costa Rica".

Entretanto, el día 11, se encontraron frente a frente el ejército de Morazán y 700 hombres de Carrillo, al mando del general unionista salvadoreño, don Vicente Villaseñor, quien ya vimos al principio que pagó con la vida su lealtad a la causa centroamericana, de más trascendencia para aquellos pueblos que la obra regional del gobernante costarricense.

Ya se dijo también que las guarniciones de Puntarenas y del Guanacaste, con fervoroso entusiasmo, se habían puesto a la disposición del prestigiado militar y político hondureño.

Será necesario añadir que el Presidente Carrillo de Costa Rica, no sólo deseaba llegar a un arreglo con el ex gobernante federal, “para ponerse de acuerdo en opiniones”, sino, además, “para que Costa Rica tuviese el grande y extraordinario honor de reorganizar la República de Centroamérica”.

En tales condiciones decidió consultar Villaseñor la opinión de todos los jefes y de todos los oficiales que lo acompañaban, proponiéndoles que se celebrara un cambio de impresiones con Morazán, antes de romper hostilidades.

* * *

De esa histórica entrevista surgió el conocido Pacto de El Jocote, firmado allí sobre la marcha, pues todos los jefes y todos los oficiales costarricenses antes referidos, con la única excepción de don Rafael Barroeta, optaron por deponer las armas y por unirse al gran caudillo centroamericano.

Establecióse en dicho convenio que Morazán asumiría provisionalmente la Jefatura del Estado, terminando desde ese momento el despotismo de don Braulio.

¡Traición se le ha llamado a eso!

¿Traición de quién y contra qué?

¿Traición de la libertad contra la tiranía?

¿Del consenso ciudadano, contra el “hombre fuerte” en el poder?

¡Si así fuesen todas las traiciones, y no como las que tanto hemos sufrido!

¡Del crimen contra las normas democráticas!

¡De la ambición innoble contra la hombría de bien!

¡Del gobernante audaz contra el decoro y el engrandecimiento de su patria!

¡De los eternos esclavistas contra la independencia y contra la libertad de pueblos vejados y escarnecidos!

¡Si así fuesen todas las traiciones!!

* * *

Esa misma noche, el 11 de abril de 1842, en medio de grandes festejos populares, entraron en Alajuela Morazán, Villaseñor y los dos ejércitos aliados.

Prosiguieron el 12 para Heredia, en donde se les recibió con demostraciones iguales de regocijo.

Y llegaron triunfalmente a San José, el día 13, aclamados por un pueblo que deseaba celebrar, en toda forma, el derrumbamiento de lo que allí se calificaba de ominoso.

El Pacto de El Jocote, 24 horas antes, había merecido la aprobación del licenciado Carrillo, quien estuvo conforme en dejar la presidencia y en expatriarse por dos años.

Vencido don Braulio, no hubo represalias ni venganzas en perjuicio suyo. No permitió Morazán que se desbordasen las pasiones, con objeto de dañarle o de oprimirle.

¡El respeto más absoluto para su persona y para su escaso patrimonio!

Carrillo, a su vez, tampoco permitió que Morazán le ayudara con fondos del Estado para salirse del país.

Únicamente aceptaría los pobres emolumentos que el fisco le adeudaba: ¡Catorce días de abril a unos cuantos pesos diarios, y nada más!

¡Otros cuantos pesos adicionales que consiguió prestados!

¡Y un ejemplo altísimo de pública moral, que ojalá se hubiese seguido siempre en nuestros medios oficiales, tan viciados de superficialidad y de molicie!

* * *

Ya en el poder se rodeó Morazán del grupo más preparado y conspicuo de costarricenses; restableció las garantías consignadas en la Constitución de 1825; y convocó al pueblo a elecciones, ordenando que no tomaran parte, en aquella contienda democrática, fuerzas armadas ni ningún elemento militar.

El 10 de julio se instaló la Asamblea, integrada por aquellos ciudadanos del país, entre ellos varios sacerdotes, que gozaban a la fecha del más alto predicamento en la parroquia.

El 15 de julio, por unanimidad de votos —como ya se dijo antes— nombró el Congreso a Morazán Jefe del Estado, dándole el título de Libertador de Costa Rica.

En agosto completó dicha Asamblea la derogación o la reforma de las leyes dictatoriales del régimen anterior; restableció el funcionamiento de las municipalidades; y pudo al fin integrar la Cámara Judicial, con 26 magistrados que supiesen hacerle honor a la elevada función de administrar justicia.

¡Pero he aquí que cuatro semanas después Villaseñor y Morazán —¡Morazán, el Libertador!— morían sin formación de causa en el patíbulo!

Las clases acomodadas no querían pagar impuestos

¿Génesis de la tragedia?

Las autoridades de Nicaragua habían decretado la incorporación del Guanacaste a su país.

La Asamblea costarricense, *por el voto unánime de todos los diputados*, mantuvo entonces la tesis jurídica de que aquel Departamento era y seguiría siendo —a como hubiere lugar— parte integrante del territorio nacional.

Y como los hombres que imperaban en la nación vecina ya estaban asumiendo belicosa actitud, no tuvo más remedio Morazán que dictar, con gran urgencia, las disposiciones militares que debían tomarse en defensa del Estado.

¡Pero eso, de momento, era la guerra!

De momento, porque gracias al propio Morazán —a su buen sentido, a su experiencia y a su autoridad— se pudo haber logrado que el conflicto con Nicaragua, lejos de ser problema de separación, se convirtiera en motivo de unidad para establecer de nuevo la República Federal, cumpliéndose de ese modo, al mismo tiempo, el decreto unionista de la Asamblea costarricense.

La reacción, sin embargo, sólo veía que aquello era la guerra.

¡Y hablaba de graves peligros, de violencias injustificadas, de una contienda inútil, porque se lanzaría el país en la aventura de pelear por la unión de Centroamérica, que a las castas privilegiadas no les era grata!

* * *

¡Se quejaban los propietarios, los hacendados y el comercio, sobre todo, de las terribles exacciones!

No podían sufrir que la administración pública les estuviese ya cobrando 2,300 pesos mensuales a los de San José; 1,000 a los de Cartago; 1,000 a los de Heredia; y 700 a los de Alajuela, para completar con esas contribuciones la suma de 5,000 pesos, destinados a cubrir el déficit fiscal.

¡El déficit que desde mucho tiempo atrás venía padeciendo nuestro erario, casi exhausto a la sazón de rentas!

Semejante “abuso” levantaba el ánimo de las clases acomodadas, poseídas ahora de irritación incontenible, pensando cuánto les costaría defender al Guanacaste.

¡Y desde ese momento —desde antes, en realidad— se aprestaron a fraguar el desorden y la rebelión contra el caudillo!

¡Morazán —decían— el hereje y el ateo!

¡Morazán, el de “la ley del perro”!

¡Morazán, partidario del matrimonio civil y del divorcio!

¡Morazán, enemigo de Dios y de la Iglesia!

¡¡Pero en el fondo de las intrigas y de las campañas en su contra, las terribles exacciones de 5,000 pesos mensuales!!

Detalles de la sublevación contra el caudillo

El 29 de agosto salieron para Puntarenas las primeras fuerzas, con gran parte del equipo que había en la capital.

El día anterior, por acuerdo de la Asamblea, juzgando todos indispensable que el caudillo tomase en persona el mando de las tropas, había depositado Morazán la jefatura de la nación en el prócer Mora Fernández, para que lo substituyera durante la campaña.

Otros regimientos y mucho de lo que aún quedaba de las armas, sin pérdida de tiempo, se fueron posteriormente desplazando hacia las pampas guanacastecas.

¡La ocasión era propicia para el levantamiento!

Los mejores jefes y oficiales del Gobierno, cumplían con su deber de patriotas y con su deber de centroamericanos.

Apenas le quedaban a Morazán, en torno suyo, elementos muy escasos para hacerle frente a lo que no esperaba.

En tales condiciones, al amanecer del 11 de septiembre, lograron los propietarios descontentos que se subleva el Comandante de la plaza de Alajuela.

Y ese mismo día comenzó a figurar en la Historia el muy traído y llevado militar de origen portugués, Antonio Pinto, acaudillando a los adversarios de Morazán en San José.

* * *

Esfuerzos sobrehumanos hizo el ilustre nativo de Tegucigalpa, mediante la intervención del Vicejefe Mora y del sacerdote don José Antonio Castro, para evitar que la sublevación tomara cuerpo.

Sus gestiones, empero, resultaron inútiles, porque la reacción estaba en plena actividad; y porque se iban fortaleciendo cada vez más los sitiadores del Cuartel Principal, en donde el prócer se defendía de las fuerzas que lo rodeaban.

En la tarde del 12 llegaron 500 hombres de Alajuela, bien armados y pertrechados, con los elementos de combate que debieron haber servido para luchar contra la invasión de los separatistas nicaragüenses.

Mas he aquí que con esas armas y con esos hombres, lanzados a la guerra civil, fueron vencidas las tropas de Cartago, leales a Morazán.

Y arreció entonces el ataque contra el Cuartel Principal, prolongándose la lucha hasta la madrugada del 14, cuando al invicto militar no le quedó más camino que romper el cerco, e iniciar su estratégica retirada hacia la ciudad ya referida de Cartago, que en su concepto era factible recuperar.

¡Allí creía encontrarse, además, con el apoyo y con la lealtad del teniente coronel Pedro Mayorga, Comandante de la Plaza!

Lejos estaban de saber los leales que Mayorga había defecionado.

¡Y en su propia residencia, la traición y los grillos pusieron a Morazán en manos de quienes pocas horas después habrían de fusilarlo!

* * *

Lo fusilaron, sí, pero no pudieron matarlo.

Porque a varones de su temple se les dispara al cuerpo, pero los proyectiles no hacen mella en el espíritu.

Se les pone frente al paredón o se les cose a puñaladas, pero no hay manera de acabar con ellos.

Se les entierra después, pero siguen y seguirán viviendo, por la nobleza indestructible de sus ideales y por la excelsitud eterna de su obra.

¡¡Los que se mueren son los otros!!

¡Aquéllos que con una descarga contra la envoltura corporal de un hombre superior, creyeron matarle a él y destruir, con ráfagas de plomo, la inmortalidad del pensamiento!

¿Quién recuerda a los verdugos?

¿Quién, a tantas eminencias, al servicio del crimen y de la iniquidad?

¿Quién, a los que sólo vivieron para gozar del poder, de la riqueza material y de la fuerza?

¿Qué dejan los tiranos, ni los que han dispuesto del honor y de la vida de millones de hombres a lo largo de la Historia?

* * *

¡Cuántos emperadores, cuántos reyes, cuántos presidentes, cuántos ministros, cuántos duques, y condes, y marqueses, cuántos potentados de las finanzas se pudren en los cementerios, definitivamente muertos!

¿Mas quiénes de los poderosos se conservan, con tanto amor, en la memoria y en el corazón del pueblo, como los varones ejemplares que iluminaron con su estro a los que tenían hambre de pan y de justicia?

Aquéllos que se entregan enteros a una causa de dignificación humana; los que sufren persecución y no se

arredran ante el sacrificio, son los que siguen y seguirán viviendo.

Los otros, en cambio, al quedarse sin cuerpo, se mueren para siempre porque carecían de espíritu.

¡Se mueren, como todos hemos de morir, cerrándose en la tumba el ciclo de lo que disfrutaron en la vida, olvidados por completo de sus semejantes!

Testamento de deudas

No. A los seres superiores no hay modo de matarles.

Son como faros, cuya luz se proyecta en el tiempo, y se proyecta en el espacio, hacia la lejanía, hacia hombres nuevos que llegarán después.

Por eso Francisco Morazán, en los 180 minutos que le dejaron para prepararse a bien morir, se dirigió a la juventud.

¡A la juventud, que no es el decaimiento actual de millares de jóvenes envejecidos! (Ya reaccionan, de manera emocionante, los jóvenes de Centroamérica. N. del A., 1944).

¡A la juventud que piensa y a la juventud que siente!

Exhortó, pues, al futuro, pidiéndole que luchara con firmeza, sin desmayos ni vacilaciones, por la causa de la justicia y de la libertad humanas.

Y agregaba en su testamento —¡testamento de deudas!— cómo su amor a Centroamérica habría de acompañarle en el sepulcro, sin odios ni rencores para nadie, ni siquiera para sus asesinos, que no quisieron oírlo ni juzgarlo.

¡Testamento de deudas!

“Declaro —en nombre del Autor del Universo, en cuya religión muero— que todos los intereses que poseía, míos y de mi mujer, los he gastado en dar un Gobierno de leyes a Costa Rica, lo mismo que 18,000 pesos

y sus réditos, que adeudo al señor general Pedro Bermúdez”.

Y después de referirse a su posible haber por un negocio de corte de maderas en Honduras, termina informando de otros compromisos, “que no ignora don Cruz Lozano”.

* * *

¡Testamento de deudas!

¡Ojalá pudieran testar, en forma semejante, las levitas y las charreteras que todavía no perdonan a Francisco Morazán su obra revolucionaria!

¡Y algunos voraces beneméritos de nuestra América, tan dados a meter la mano en el tesoro público; a negociar concesiones; a vender influencias; a comprar tierras y palacios; a quebrantar, en suma, su decoro personal y la dignidad de su país!

¡Voraces beneméritos, sin patrimonio cuando llegan al poder, enriquecidos al dejarlo, prestos a distribuir lo ajeno entre parientes, aduladores y secuaces, a cambio de lisonjas viles o de “muy sabios” consejos!

¡Cómo tienen rebajada tan notables excelencias la investidura altísima de gobernar a un pueblo!

¡Y cómo es cierto que no hay en ellos nada de común con la pulcritud, con la noble austeridad, con la severa honradez, con el humanismo integral de nuestros próceres!

* * *

Nada de común, porque en los primeros únicamente operan los bajos instintos del placer con mácula, del egoísmo, de la ambición mezquina, de lo que traen consigo los siete pecados capitales.

Los próceres, por el contrario, han alimentado su fue-

go íntimo con el dolor ajeno, con el dolor del hombre, repetido y eterno como la propia humanidad.

¡No importa el escenario!

¡No importa el territorio!

¡No importa que la patria sea grande o sea pequeña!

En Costa Rica, en Curazao, en las Guayanas, en la enorme Rusia, en la India de leyenda y de misterio, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en las más florecientes capitales o en los más remotos caseríos, siempre encontraremos el dolor humano.

¡Y los seres superiores han sabido y han querido luchar, hasta el sacrificio, por liberar al hombre-hombre del hombre-fiera, del hombre-lobo, del hombre-bestia!

¡Pero también, antes que todo y sobre todo, por liberar al hombre de su dolor y de su angustia!

Claramente puede comprenderse, entonces, por qué son esas figuras como faros, alimentados con luz de eternidad.

¡Luz de muchas generaciones, sacada de la entraña misma del sufrimiento colectivo y del amor al prójimo!

* * *

¡Sombra, incompreensión a corta trecho, mientras se dan a los demás y alientan en la vida!

No pueden sus contemporáneos ver el resplandor, que sólo a gran distancia servirá de guía.

¡Ni sus contemporáneos de distinto bando; ni la masa popular esclavizada, con su venda fatal sobre los ojos; ni los hijos o los nietos de padres y de abuelos “venerables”, tan apegados a su vieja tradición de ser los amos!

A los grandes espíritus orientadores, por lo tanto, se les calumnia, se les difama, se abultan y exageran sus faltas o sus debilidades.

Así con Morazán. El primer centenario de su natalicio, en 1892, no pudo celebrarse de manera digna, por-

que las castas reaccionarias elevaron su voz contra el caudillo.

Y este otro centenario, el primero de su fusilamiento, han pretendido igualmente las derechas, con el arrimo de sus cómplices oficiales del otro lado del Suchiate, que se manchara; que pasara desapercibido; o que juzgasen deformada la tragedia los cinco pueblos centroamericanos.

¡Ah, los Carreras de hoy, con su fusta o su bastón de mando!

¡Ah, nuestros capataces de botas federicas, campeones *siglo veinte* de la democracia!

¡Ah, nuestros venturosos gobernantes tropicales, empeñados en decir y demostrar que de verdugos han podido elevarse al plano superior de los libertadores!

¡Pero que Morazán no resucite, porque entonces —como en 1842— le darían tres horas de tiempo para fusilarlo!!

*Los próceres de América están de pie
sobre los Andes*

¡Nada importa!

Continuará por algún tiempo la calumnia.

Continuará por años la difamación.

¡Y el reinado de los Pepes y de las Pepas, de los Petronilos y de las Petronilas!

¡Nada importa!

Así ha ocurrido también con otros faros de América.

Así con Hidalgo.

Así con Bolívar.

Así con Morelos.

Así con Sucre.

Así con Juárez.

Así con Sarmiento.

Así con Montalvo.

Así con Eloy Alfaro.

Así con Maceo y con Martí.

Así con todos los que se han enfrentado al oprobio de la esclavitud.

¡Nada importa!

El mundo se debate en la más espantosa de las guerras.

Millares de soldados caen todos los días.

La tierra se fecunda en esta crisis con entrañas abiertas, con cuerpos destrozados, con lágrimas y sangre, para que la próxima cosecha de la libertad no caiga en poder de sus conculcadores.

¡Para que pueda triunfar, definitivamente, el hombre-hombre sobre el hombre-bestia!

* * *

Crucial es esta hora.

Nuestros próceres vigilan.

La luz de sus fanales ilumina el firmamento americano.

Y forma como una inmensa y fulgurosa estrella, que nos señala el camino de la redención.

¿Sabrán los pueblos de América mirar hacia lo alto?

¿Sabrán mirar hacia sí mismos, en donde aquel fulgor del macrocosmos se refleja en lo más hondo de su conciencia, por largo tiempo obscurecida?

¿No seremos capaces de aprovechar, los centroamericanos, la ocasión que el destino nos ofrece para darle fin a la ignominia, emperifollada con muchos adornos democráticos?

¡Señor Roosevelt, señor Roosevelt, con su política del buen vecino!!

¡Señor Wallace, señor Wallace, con su fe de iluminado en el derrumbamiento de las tiranías!!

* * *

En homenaje al gran Libertador venezolano, le hace decir Pablo Neruda: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo".

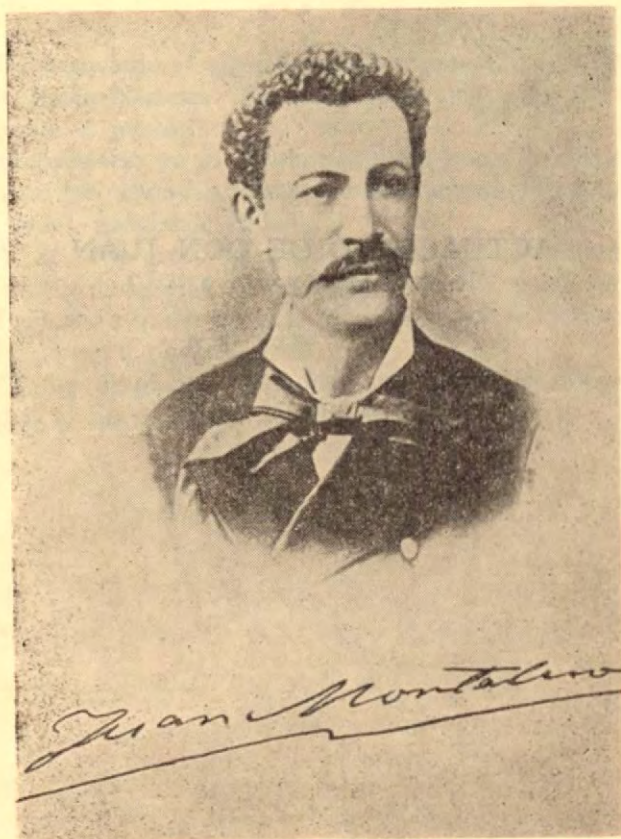
Completaría yo el pensamiento del poeta y del amigo, si se me permite afirmar que Bolívar está de pie sobre los Andes, dirigiendo la batalla.

Y que Morazán, mirando hacia nosotros, exclamará con su voz de apóstol, y con su voz de mártir, y con su voz de fusilado, a quien no pudieron matar los reaccionarios el 15 de septiembre de 1842:

"Estoy despierto, constantemente despierto, esperando que al fin despierte Centroamérica".

ACTUALIDAD DE DON JUAN MONTALVO *

* Primera edición: Academia Nacional de Historia y Geografía, Boletín N^o 7, México, D. F., 1946.—Segunda edición: Sociedad Bolivariana de México, agosto del mismo año.



Don Juan Montalvo, ilustre escritor ecuatoriano, uno de los más altos valores del pensamiento liberal de Hispanoamérica. Nació en Ambato el 13 de abril de 1832. Murió en su destierro de París el 27 de enero de 1889.

Infancia y juventud del gran ecuatoriano

EN un florido valle de los Andes mayores, al pie del Tunguragua que a cinco mil metros de altura horada el firmamento, adormece su larga tradición, romántica y heroica, la pequeña ciudad ecuatoriana de San Juan de Dios de Ambato.

Al norte, los reflejos del sol hacen brillar las blancas guedejas milenarias del imponente Cotapaxi. En la lejanía del sur se alza majestuoso el Chimborazo, coloso nevado de las cimas de América. Al este y al poniente saltan espumosos y acrecidos los turbiones bravíos, por entre peñones y rocas. En la fértil tierra, siempre en celo para concebir, multiplicanse los campos de labranza, manejan el arado los peones sudorosos, y hay olor de frutas maduras y música de pájaros en el intenso verdor de las praderas.

En escenario de tal fuerza y atracción nació don Juan Montalvo, el trece de abril de 1832. Nieto fue nuestro estilista de español dominador, inquieto y valeroso, que tanto se las había en Nueva Granada con el cortante cierzo de las más altas cumbres, como bajaba por el lomo de las cordilleras al paludismo y al calor del trópico.

Sosiego y dulzura conyugal logra encontrar, por fin, en la población de Guano, el fuerte andaluz Santos Montalvo. Mas como la prole fuese crecida, sin que pudiera ser bastante la heredad para dotar con largueza a doce hijos, ávidos los varones de probar fortuna, viajan, forman

empresas, contraen matrimonio y se avecinan en diversas provincias del Ecuador.

El séptimo de ellos, Marcos Montalvo, después de estudiar en su poblado lo poco que a fines del siglo dieciocho se enseñaba, en humildes y remotos establecimientos religiosos, obtiene la bendición del padre; con su jovial optimismo, su guitarra y sus canciones, infunde ánimo a la pobre madre atribulada; hinca las espuelas en brioso alazán de pura sangre, y toma con decisión y gallardía las riendas de su destino en propia mano.

Buena suerte, prósperos negocios, fugaces idilios de juventud, firmes y provechosas amistades, granjéale su carácter al arrogante criollo. Hasta que detiene su marcha frente al altar. De finca cercana, situada en Quinchicoto, vino la novia a San Juan de Dios de Ambato, en donde Marcos ha fijado su residencia. Allí, en amplia casona solariega, van naciendo los hijos. El más pequeño, Juan María Montalvo y Fiallos, habrá de ser con el tiempo uno de los más notables escritores del habla castellana.

* * *

De la prodigiosa geografía que vivió y sintió el ilustre polemista, en su niñez y parte de su juventud; de la lujuria exuberante de la zona tropical; de los panoramas indescriptibles que le "imprimieron carácter" a su conciencia, y a lo que hoy se llama subconciencia, escribió el propio Montalvo disculpándose —según afirma don Rufino Blanco Fombona— de haber continuado *El Quijote* en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*:

"El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte y obscurecen la bóveda celeste, haciendo sombra para arriba; los volcanes estupendos que se levantan en la Cordillera de trecho en trecho, cual fortificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos, ene-

migos de la tierra; el cielo azul en cuyo centro resplandece el sol desembozado, como el rey de los astros; las estrellas encendidas en medio de esa profunda pero amable obscuridad que sirve de libro, donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la noche; los ríos que se abren paso por entre rocas zahareñas, y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor, compuesto de mil sensaciones rústicas, fuentes donde hierve la poesía que endiosa a las razas nacidas para lo grande".

Sol brillante de los trópicos; fecundas selvas equinociales; torrentes maravillosos, que con el estruendo de sus caídas pareciera que están lanzando un reto a las del Niágara; elevadas crestas y profundos abismos; toda esta grandeza forjó, no cabe duda, el carácter extraordinario, el espíritu recio y apasionado de don Juan Montalvo.

Años antes, en aquel mismo escenario, atravesando cumbres y saltando abismos, remontándose como pegasos, los próceres de la espada habían podido consumir la gesta máxima de la independencia americana. Cumplida o fracasada en parte la misión de los guerreros; rota la unidad que habían soñado; desatadas las bajas pasiones de algunos lugartenientes de inferior categoría, surgen en nuestro medio los grandes maestros del idioma, quienes se esfuerzan por cumplir su alta misión, intelectual y ética.

Bolívar es su padre. La pluma sigue a la espada con parecidos fulgores. Boyacás y Carabobos, Pichinchas y Ayacuchos, son las páginas orientadoras de esas mentes privilegiadas, de esos varones nobilísimos, entre los que ocupa lugar de primera fila el autor insobornable de las *Catilinarias* y de los *Siete Tratados*.

* * *